

A TROCITOS

No es un Camino al uso, lo sé. Pero tampoco es ninguna quimera; tan sólo hay que tener tiempo y ganas de caminar. El Camino Jacobeo del Ebro es un camino solitario, de pueblos distantes entre sí, de contrastes, de poca pero suficiente infraestructura. Y allí donde Asociaciones y Congresos no llegan, llega la voluntad del peregrino y en ocasiones, un pequeño esfuerzo suplementario en el bolsillo que se ve recompensado por sonrisas hospitalarias, anécdotas llenas de simpatía y una buena dosis de aventura.

Soy de la opinión de que cuantos más días estás en el Camino más lo disfrutas. La necesidad de elegir rutas y la escasez de vacaciones, ha determinado que la alternativa del Camino Catalán en su vertiente meridional (Tárrega-Lleida-Fraga-Monegros) hasta encontrarse con el Camino del Ebro algo más allá de Pina de Ebro –un beso, Concha-, y seguir por él hasta Logroño, haya sido para mí un Camino “a trocitos”. No me siento especialmente orgullosa de haberlo hecho así; pero no por ello ha estado exento de momentos de bastante dureza, tanto física como mental.

Si la fruta recién cogida y la buena amistad me acompañaron entre Tárrega y Lleida, una milagrosa limonada me permitió entrar antaño en Fraga. Entre Fraga y Zaragoza, Mr. Cierzo me acompañó en largas y frías jornadas a través de los Monegros llenas de soledad pero jalonadas de anécdotas provocadas por las buenas gentes aragonesas. De Zaragoza a la Insula Barataria (Alcalá de Ebro), un lejano Viernes Santo me dejó en lo que sería una barrera geográfica que parecía imposible de superar.

Las seis jornadas que separaban esa “irreal” Insula Barataria de Logroño han tardado en caer; esos aproximadamente 160 kilómetros han tardado en ser hollados; pero por fin, como una asignatura pendiente, han sido superados. Parte del interés se debía a que considero que si desde la Associació me dedico a dar información a futuros peregrinos, es preciso previamente conocer. El resto, lo

dejo a mi propia curiosidad.

Es la última hora de la tarde del martes 15 de abril, mi cumpleaños. Tras unos pocos clics tengo en mis manos un billete de tren para mañana miércoles a las 7,30 h. Le he prometido a mi madre que el Viernes Santo dormiré con ella. Veremos cómo me las arreglo.

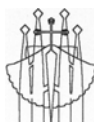
Mal. De momento muy mal. Cuando a las 6 de la madrugada suena el despertador y la mochila está sin hacer, es cuando me doy cuenta de que la celebración de la noche anterior se alargó más de lo recomendable – aunque no imprevisible-, que no he mirado la previsión del tiempo, que voy a estrenar las flamantes botas y un fantástico cortavientos recién regalados, y que si me descuido, a punto estoy de meter en la mochila las obras completas de Camus.

Cuando las Torres de la Pilarica quedan atrás, la estación de Casetas facilita que empiecen a fluir los recuerdos del último 27 de diciembre en el que con las primeras luces de un incipiente sol invernal, y tras un importante madrugón, un taxi nos dejó a Tere, a Celia y a mí junto a la estatua de Sancho Panza en Alcalá de Ebro, junto a la ensoñada Insula Barataria.

Aquél día se nos hizo fácil llegar a Luceni y a Gallur, un pueblo no demasiado bonito pero con buena gente y bonitas vistas. Entretenidos fueron los primeros kilómetros junto al canal rumbo a Mallén, con sus obras de ingeniería y sus almenaras. Pero la llegada al Hostal Pinocho, se nos hizo eterna. Ni siquiera el azulejo que da nombre a la calle “Camino de Santiago” nos levantó el ánimo, hasta el punto de que esperando a que nos atendiera la dueña, Tere se quedó dormida en recepción. Bendita mujer la dueña del Pinocho que con su simpatía y una sopa revitalizante, nos levantó la moral y nos dejó listas para enfilarse al día siguiente la entrada en Navarra.

La siguiente etapa nos regaló unos tramos preciosos junto al Canal Imperial, en El Bocal y en el Palacio de Recreo de Carlos V y sus frondosos jardines con bonitos juegos de luces antesala al estupendo albergue de Tudela.

“Tudela de Navarra” anuncian la megafonía del tren. “Tudela de secuestros” me sonrío para mis adentros. Es inevitable recordar la grata sorpresa que para nosotras tres supuso la premeditada y alevosa “aparición” de Roger y Emilio justo el día de



los Inocentes. Pobriños, como no tenían qué cenar en Barcelona, tuvieron la magnífica idea de compartir con nosotras unas suculentas verduritas de la Ribera Navarra, y alguno de sus famosos caldos.

Próxima parada "Castejón de Soto", y mis recuerdos se unen a los de Tere despidiéndose de nosotras al día siguiente. Y al rato, el tren llega a Alfaro procurando no molestar a las decenas de cigüeñas que han tejido sus nidos en las torres de la Colegiata y alrededores. ¡Qué frío pasamos Celia y yo ese día!

A las 10,40 llego a Calahorra, la vetusta Calagurris romana. Se me hace imprescindible volver al mismo bar donde en invierno dejé ese Camino en compañía de Celia y reiniciarlo con un sentido "Ave César" al emperador Quintiliano. Con las campanadas de las 12 voy dejando atrás las últimas casas de Calahorra. Las flechas amarillas necesitan una buena mano de pintura.

Veinte kilómetros separan Calahorra de Alcanadre, en ellos me encontraré una liebre, un rebaño con un pastor taciturno, un sinfín de mariposas, millones de piedras que dificultan el paso regular y un simpático abuelete que viene de regar los olivos y se ofrece a llevarme. Declino la oferta amablemente.

Avanzo lentamente y el cansancio y la falta de sueño van haciendo mella en mí. Mi espalda se queja, ni gafas de sol ni crema solar en la mochila, me quemo. El agua que me queda es puro caldo, Alcanadre no se ve y eso me mina la moral. Tras un recodo aparece el pequeño municipio y afortunadamente, el Bar Unión está en una de sus primeras casas. Agua, más agua y un Acuaris. Empiezo a ser persona.

En Alcanadre hay albergue, pero mi espalda merece un descanso extra, así que me alojo en la Casa Azul, una pequeña casa rural que ha sido restaurada recuperando antiguos utensilios para la fabricación del vino. Asun, la dueña, tiene alma de hospitalera.

En el albergue hay otro peregrino con quien compartiré unos claretos y un par de ciclistas que vienen de Irún quejándose porque es muy difícil seguir las flechas al revés. No me dan ninguna pena; del Camino sólo les interesan sus albergues, nada más.

Amanezco el Jueves Santo totalmente recuperada, la etapa de hoy tiene unos 35 kms (depende de la guía que elijas) pero también

tiene más pueblos y se camina junto al Padre Ebro. Desde el primer momento el paisaje te absorbe: bosque de ribera, sotos, choperas, y una divertida cacofonía en una pequeña área de descanso con mirador de rapaces incluido. Bocado y descanso en Arrúbal, pueblo agrícola en el que sólo destaca la recién remozada iglesia del Salvador. Hasta Agoncillo es un paseo entre huertos que desembocan frente al imponente castillo musulmán de Aguas Mansas con una interesante cruz de Calatrava labrada en piedra. La iglesia encierra dos columnas romanas de la cercana mansio Berberana que ha quedado atrás; pero está cerrada y más lo estará si se sigue agrandando la grieta existente entre su torre y el cuerpo principal.

Tenía dudas de si Agoncillo podría ser fin de etapa o si seguir a Logroño. Tal como me encuentro, ni me cuestiono quedarme. Además, me gustaría asistir a los Oficios de Jueves Santo en la parroquia de Santiago.

La travesía del río Leza se hace por carretera muy transitada y peligrosa. Después de unos kilómetros de mucha atención, y tras el aeródromo de Recao, el Camino se acerca de nuevo al Ebro donde me regalo unos minutos de paz, de reflexión y de descanso.

No me queda agua y el calor aprieta, confío en poder reponer líquidos en el pueblo que según las guías he de cruzar. Pero las guías han quedado obsoletas y el ansiado bar de Varea, "ni está, ni se le espera". Las obras han desviado la senda jacobea hacia un placentero cruce del Iregua, pero no me atrevo a beber hasta la primera fuente de Logroño.

Bastante exhausta sigo en busca de la hospitalidad del parroquial de la iglesia de Santiago.

El bullicio de Logroño me reconforta. La procesión, la calle Laurel, los padres de un sacerdote conocido, la cena compartiendo vivencias son como un pequeño premio.

Viernes Santo. Me despierto descansada. Me gustaría seguir hacia Nájera, pero mi Camino terminó. Antes de dirigirme a la estación, aún podré escuchar las agujetas del alma de un peregrino italiano cuya hija también se llama Gloria y como colofón, a los pies del Apóstol, evocar con emoción la Bendición de Roncesvalles para unos peregrinos mejicanos a quienes les pediré que recen por mí al llegar a Compostela.

Gloria

